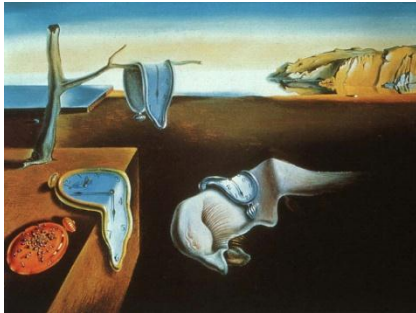


La persistencia de la memoria



Abrió los ojos y supo que era tiempo. Era tiempo de ver el reloj, esperar cinco minutos a que sonara la alarma y luego levantarse. Levantarse a realizar las actividades de siempre. Fue al baño y encendió la regadera; dos vueltas a la caliente, una a la fría. Empezó a quitarse su ropa de dormir: primero el pantalón, de segundo los calcetines y luego la camisa. Se vio al espejo y no se sorprendió de nada, pues era la misma cara de siempre: cansado, y no precisamente por no haber dormido la noche anterior. Decidió bañarse durante los mismos doce minutos de siempre, y después salió a vestirse. Comió el cereal que solía ser su favorito desde que tenía memoria, con la leche que no le causaba ese horrible dolor de estómago. Finalmente, salió rumbo al lugar en donde trabajaba desde hace más de diez años.

Llegó y saludó a sus compañeros; unos respondieron con una sonrisa, otros solamente se voltearon como de costumbre. Treinta y cinco pasos. Esos pasos eran exactamente los que tenía que caminar para llegar hasta su oficina. Se sentó y encendió la computadora, la cual tardaba tres minutos exactos en encender. Observó fijamente todo el trabajo que debía realizar y no supo ni por dónde empezar. La computadora encendió, así que no tuvo remedio alguno que iniciar con la primera hoja que tenía frente a él.

A mitad de su trabajo, no pudo evitar recordar aquellas épocas en donde él solía reír y disfrutar de las cosas. Cuando almorzaba con su familia, salía con amigos, e incluso cuando tenía que estudiar, pues antes amaba todo lo que hacía. Acostumbraba hacer todo con pasión; ahora, ya ni recordaba el significado de esa palabra.

Cuando sintió, ya eran las siete de la noche, hora de salida en su trabajo, así que decidió arreglar sus cosas e irse. Del trabajo a su casa se hizo cincuenta y seis minutos porque el tráfico de siempre no le permitía llegar antes. Cenó las sobras del día anterior, ya que se sentía muy cansado como para hacer comida otra vez. Luego se lavó los dientes, encendió la televisión y se metió a su cama. En ese momento, a las 9:19 p.m., decidió algo. Decidió que a la mañana siguiente dejaría que el despertador lo levantara con su tono agudo, simplemente porque quería hacer las cosas diferentes. Quería sentir algo nuevo.